

Dijo Vadillo lo que pretendía,
Segun manifestó con pecho sano,
Y visto que ninguno respondía
De soldado novel ni veterano,
Francisco de Mojica fué la guía
Que para responder tomó la mano,
Declarando comunes intenciones
En esta breve copia de razones:

« Señor gobernador, bien entendida
Tenemos todos la voluntad vuestra,
Porque de la merced hoy prometida
En el viaje distes clara muestra,
Y en serviros, sin falta conocida,
También sabéis cuán buena fué la nuestra,
Y aun con venir tan llenos de fatiga
No faltará quien vuestros pasos siga.

» Pero de muchos otros imagino,
Y de todos será la mayor parte,
Que no querrán volver por tal camino
Ni habrá quien del contrario los aparte;
Pues á muchos hablé cuando convino,
Y sus respuestas fueron de mal arte,
Diciéndome que desto nadie gusta
Y con escusa que parece justa.

» Porque dicen que vienen del viaje
De todas cosas mal apercebidos,
Sin salud, sin servicio, sin ropaje,
Llagados, estragados y perdidos,
Pocos caballos y ningún herraje,
Y sin poder aquí ser proveidos;
Pues los desta ciudad bajos y altos
También de muchas cosas están faltos.

» Y si de los vecinos hay presea,
Que por se la pedir á precio sale,
Ninguno dellos hay de quien no crea
Que para la vender no se regale,
Y el precio que pidieren que no sea
Seiscientos veces mas de lo que vale,
Y ninguno de nos tiene quilates
Para comprar dos pares de alpargates.

» Volver pues pocos, mal encabalgados,
Y sin llevar de cosa cumplimiento,
Sería propio de desesperados
Y faltos de cabal entendimiento;
En conclusion: yo sé que los soldados
No se pornán en este detrimento,
Y así vuestra merced no los espere,
Sino haga lo que le convinieren.

» Lo que resta, señor, es que veamos,
Pues es cosa que á todos nos conviene,
Ese poco caudal que rancheamos
Y que vuestra merced en guarda tiene,
Para que lo pesemos y partamos
Y sepa cada cual lo que le viene:
Que bien es menester en los estrechos
De la necesidad en que nos vemos.»

Dijo, y el licenciado bien consiente
En se hacer del oro partimiento,
Pero de remontarse la gente
Sintió mas que mortal desabrimiento;
Y así tentó por vía diferente
Haciéndoles un gran requerimiento,
Y entonces si pudiera tirar puyas
Es cierto que hiciera de las suyas.

Desbravó con palabras por un rato
Viendo que diligencia no le presta;
Mas recelándose de desacato
Mudó su condicion en mas modesta,
Porque hubo murmurios de mal trato
De gente no del todo bien compuesta:
Al fin la partición que se pedía
Quedó de se hacer siguiente día.

De la manera que decimos queda,
Y fué su voluntad determinada
Para que con razon y cuenta pueda
Ser á gusto de todos liquidada;
Pero por un Ledesma la moneda
Aquella misma noche fué hurtada,
Que, como su privado, habló largo
Con el Vadillo cerca de su cargo.

Y entre tanto que cosas encarama,
A las lisonjas dando suelta rienda,
Como estaba debajo de su cama
Del Vadillo y al lado de la tienda,
Un negro del Ledesma, segun fama,
Hurtó por su mandado la hacienda,
Y cuando sintió ser el salto hecho
La práctica dejó por el provecho.

Despidióse con grande reverencia,
Segun el uso de amistad estrecha:
Imputan al Vadillo la dolencia
Desque remaneció la maldad hecha;
El cual perdió del todo la paciencia
Viéndose macular desta sospecha,
Y con briosos y feroces modos
Soltó largo la lengua contra todos.

Fué la vuelta de Quito pues Vadillo
Con Villoria y algunos caballeros
Que de su voluntad quieren seguillo
Sin que lleven recurso de dineros,
Por los coger Ledesma su carillo
A ellos y á los otros compañeros,
Y el licenciado iba con consejo
De ir á Panamá por Puerto-Viejo.

Constó de la maldad ser inocente,
Porque desque de Lile fué partido
El que decimos ser el delincuente
Mejoró las albas y el vestido,
Y por velle gastar tan largamente
De los demás soldados fué tenido
En aqueste delito por culpado,
Por donde lo pusieron á recado.

Tomó del crimen el conocimiento
Un alcalde que fué George Robledo;
Al amo y al criado dió tormento
Con los rigores de juez acedo:
Negaron ambos con viril aliento,
Mas al cabo Ledesma con el miedo
El oro dió, de mas mal sospechoso,
En confesion á cierto religioso.

El cual, mediante señas evidentes,
Del oculto lugar lo desentierra,
Y repartióse por los pretendientes,
Segun que trabajaron en la guerra;
Disimulóse con los delincuentes,
Y al crimen y maldad echaron tierra,
Pues mas gritaban al juez severo
Por las botas que por el escudero.

Después del oro todo repartido
Sin haber el Vadillo parte dello,
Con gente que seguía su partido
Llegó Luis Bernal para prendello;
Y como le dijese ya ser ido,
Nunca curó de mas seguir su huello,
Por ir cansado ya, de cuya causa
Allí con los que trajo hizo pausa.

Juan de Vadillo prosiguió su vía
A Panamá, segun se da noticia;
Y el licenciado Santa Cruz tenía
Allí malsin con carta de justicia;
Y aunque la gente que lo conocía
Con amistad lo tracta y acaricia,
Llevaronlo con guardas y cadena
A la gobernacion de Cartagena.

En la cual le tomaron residencia
Y anduvo bien trabada la rencilla;
Al fin él apeló de la sentencia
Y preso lo llevaron á Castilla,
Adonde pareció por su presencia
Ante jueces de suprema silla,
Y en la grito de cargos y descargos
Se consumieron cuatro lustros largos.

Y Juan Rodriguez Gil, que fué por esta
Sazon allá, le dijo: « Por qué tiene
La sentencia tardanza tan molesta,
Y no pide con priesa que se ordene? »
Dióle Juan de Vadillo por respuesta:
« Por ser cosa que menos me conviene,
Antes la dilacion yo la procuro
Porque con ella vivo mas seguro. »

Después, teniendo flaca la costilla
Y posibilidad menoscabada,
Murió, segun me dicen, en Sevilla,
Sin ser su causa toda sentenciada.
He dado cuenta sin faltar hebilla
De lo mas substancial de su jornada;
Y así quiero primero que mas diga,
Algun alivio dar á mi fatiga.

CANTO OCTAVO.

Donde se da cuenta cómo volvió don Pedro de Heredia con título de adelantado, y cosas sucedidas después de su venida, y antes que llegase á Cartagena.

En los incultos versos desta historia,
Que nunca de verdad tienen inedia,
Hemos dejado puesto por memoria
De la suerte que fué Pedro de Heredia
A Castilla, por la pasion notoria
De quien ya recitamos su tragedia;
Y resta por que todo se concluya
Que tractemos agora de la suya.

A Castilla llegó con sus recados,
Y como fuese negociante viejo,
Después de los jueces informados,
Presentó los procesos en consejo,
Y vistos los agravios y notados
En su favor halló buen aparejo;
Y ante la majestad del rey invitó
También dió relaciones por escrito.

El cual, de sus servicios enterado
Y de su calidad estando cierto,
Lo nombró luego por adelantado
De lo que por él fuese descubierto;
El oro le volvieron secuestrado,
Porque constó hacerse gran tuerto:
Y así por su bondad, gracia y aviso,
Sus causas concluyó segun que quiso.

Mas antes, como queda repetido,
Contra quien lo quitó de su reposo
Pidió juez, y fuele proveído
A Santa Cruz, un hombre virtuoso,
El cual en Cartagena recibido
No procedió por orden riguroso,
Pues en el tiempo que duró con mando
Menos pecó de duro que de blando.

Corrian ya, segun cristiana cuenta,
Cuando por tal juez Santa Cruz vino,
Sobre mil y quinientos y cuarenta
Otros dos años del natal divino,
Y entonces por obispo se presenta
Fray Hieronimo de Loaysa, dino
De gobernar mas estendidas greyes,
Y así murió arzobispo de los Reyes.

Tenia Panamá real audiencia
A la sazón que Santa Cruz gobierna,
Y viniendo de la real presencia
Por un oidor Lorenzo de la Serna,
Tomóle de camino residencia,
Que fué de licenciados la mas tierna;
Y por irse los dos aquel invierno
A los cabildos dieron el gobierno.

En esta coyuntura señalada
Y antes de dar Vadillo la estampida,
La villa de Mopox era poblada
Y entre nobles su tierra repartida:
Por Alonso de Heredia fué fundada,
Y los vecinos, gente bien nacida,
Todos ellos soldados escogidos
Y en las entradas largas bien curtidos.

Martin Rodriguez un doctor fué destes,
Ayllon y Andrés zapata, principales,
Los dos Sedeños, hombres bien comptestos,
Y un padre y hijo dichos Sandovalés,
Retes y Rentería siempre prestos
A dar de su valor buenas señales;
Fué Juan Gomez Cerezo de los buenos
Y Alonso de Caravajal no menos.

Un Juan Martin de Urista, Villafranca,
Cogollos, Cano y otra gente buena,
En la guerra ninguno mano manca

Y para peregrinos siempre llena:
Está la villa sobre la barranca
Del rio grande de la Magdalena,
Tanto que cuando va menos quieto
Pone los moradores en aprieto.

Lugar es donde viven á gran vicio
De muchas cosas, fructas y pescado,
Mas de mosquitos no poco bullicio
Siempre que sopla viento sosegado:
Los caimanes les comen el servicio
Cuando llega por agua descuidado;
Hay manatíes, pesca de deleite,
Cuya grosura tienen por aceite.

Es este rio dellos abundoso
Sin le faltar invierno ni verano:
Es pece grande y en sabor gustoso,
Para los achacosos no bien sano:
En guisados y en tiempo tenebroso
Esta manteca tienen á la mano,
Segun ala la cola, y á manera
La boca que parece de ternera.

Tantos tasajos da como un ternero
Y alguno como mas crecidas reses;
Indios algunos usan de su cuero
Haciendo del adargas y paveses
Que no puede pasar indio flechero,
Y hacen poca miella los reveses;
Son torpes en remanso y en corriente,
Y así los pescan indios facilmente.

También aqueste pueblo se regala,
Con los refrescos que de España tienen,
Por ser este lugar puerto y escala
De tractantes que al nuevo reino vienen:
Y allí hacen el precio y el ignala
Para que sus viajes les ordenen
En canoas, con bárbaros remeros
Que les granjean copia de dineros.

Cincuenta leguas ponen por el rio,
Desde la mar á la ciudad novel,
Y bien puede venir alto navio
Si hinche viento próspero la vela,
Segun un singular amigo mio
Lo hizo con su propia carabela,
En Indias de los viejos peregrinos
Y gran indagador de sus caminos.

Es su nombre Juan Nieto, y es tan neto
En letras y en virtud, y tan bastante
En los etéreos cursos y el efeto
Dellos, que si no fuera tan distante
Dijéramos algunos que Juan Nieto
No podía no ser nieto de Atlante
O de Conon, Meson, Anaximenes
O ya de Endimion ó Sosigenes.

Goza méritamente desta gloria
Por esta gracia ya conmemorada,
Y no menos son dignos de memoria
En Indias los efectos de su espada,
En allanar provincias de Victoria
En este nuevo reino de Granada,
Como mediante Dios dirá mi marte
Cuando vengamos á la cuarta parte.

Y porque me parece que conviene
Poner aquí la muestra deste rio,
Con pueblos de españoles que mantiene
Con sus tributos bárbaro gentío,
El dicho, por el gran curso que tiene,
Aquí lo dibujó por ruego mio,
Con rumbos y derrotras y tal traza,
Que con verdad podrá salir á plaza (1).

Volviendo pues al punto, ya se trata
Regirse por cabildos el rebaño,
Y el doctor dicho y el Andrés Zapata
En Mopox gobernaban aquel año;
Los cuales por tener la gente grata
Y porque el ocio no causase daño,
Determinaron de correr la sierra
E ir calando mas aquella tierra.

(1) El diseño ó plano á que se hace referencia, no existe hoy día en la biblioteca de la Academia de la Historia, de donde hemos sacado la copia de la segunda y tercera parte. (N. de los E.)

Y siendo por los dichos acordado
Que se nombrase capitán decente,
El Alonso de Heredia fué nombrado
Por estar en el pueblo de presente,
Y ser hermano del adelantado
A quien ver esperaban brevemente;
El cual, puestas las cosas en concierto,
Salió con cien soldados deste puerto.

Algunos van con intencion malina,
Porque no muchas leguas desviados
Aquel Andrés Zapata se amotina
Con la parte mayor de los soldados,
Y al tiempo que por él se determina
Al Heredia prendió y á sus criados,
Al cual para Mopox envió preso
Con los que no siguieron su mal seso.

Después de cometer aquel esceso
Por ambicion del mando solamente,
Y sin considerar otro suceso
Que de su sinrazon iba pendiente,
No perturbando nadie su progreso
Acaudilló después aquella gente
Por tierra rica, fértil, bien poblada
En aquella sazón y edad dorada.

Pero su presuncion y su locura
Duró poco después de la rencilla,
Porque sintieron mal de la sultura
Todos los moradores de la villa,
Y vino por la misma coyuntura
El don Pedro de Heredia, de Castilla,
Con el orden y faustos arrogantes
Anejos á los cargos semejantes.

Culparon por varon facineroso
Al Zapata, sus deudos y parientes,
Y como fuese nada perezoso
En obviar á los inconvenientes,
A Mopox vino sin tomar reposo
Y fué tras los incautos delincuentes,
Trastornando las sierras y los llanos
Hasta que le cayeron en las manos.

Con gran facilidad los desbarata
Con treinta, como capitán esperto,
Y á mas de los sesenta maniatada
Hasta ser informado de lo cierto:
Huyó de los conflictos el Zapata,
Y no pareció mas vivo ni muerto;
Murieron en los árboles colgados
Cuatro de los que fueron mas culpados.

A Mopox se volvieron con el digreso
Algunos enlazados en cadena,
Adonde por un término modesto
Los otros castigó con leve pena;
Indios trajo de paz, y hecho esto
A la ciudad volvió de Cartagena,
No para reposar, mas con intento
De adelantar el adelantamiento.

Y así de los soldados mas insines
Juntó trescientos á las armas hechos,
Carabelas y fuertes bergantines
Llenos de vituallas y pertrechos,
Con los cuales salió destes confines
Y al río Darien fueron derechos,
Y el hermano y el hijo don Antonio,
Que dió de su valor buen testimonio.

Fieras naciones fueron conquistando,
Que todas usan venenosa vira,
El Darien arriba navegando
Donde los contrastó bárbara ira,
Y mas cuando llegó cristiano bando
Al pueblo que llamaban Oromira,
En una fértil isla deste río
Poblada deste bárbaro gentío.

Adelante del buen adelantado
El hijo don Antonio tomó tierra,
Que como valeroso y esforzado
El eobarde temor de sí destierra;
Opónese por uno y otro lado
Pujanza numerosa para guerra
De bárbaros crüeles y valientes,
Con armas y pertrechos diferentes.

Cargó sobre la gente bautizada
La que por su defensa se desvela:
Es de piedras terrible la nubada,
Nube de flechas y de dardos vuela;
Los golpes atormentan la celada,
Descomponen la cóncava rodela:
La confusion, la grita y algazara
Los aires rompe, y el herir no para.

El escuadron cristiano no procede
A mas amplo lugar del que tenia,
Y tal es el que tiene, que no puede
Desenvolverse por ninguna via:
Terrible fuerza hace que se quede
Donde desembarcó cuando venia,
Esperando que lleguen con su mano
El don Pedro de Heredia y el hermano.

Llegaron pues los barcos rezagados
A las turbadas voces y al ruido:
Hallaron á los suyos mal parados
Y al mozo don Antonio mal herido:
Fué con los compañeros y soldados
Dentro de los navíos recibido,
Ojeando los indios desde fuera
Con fulminosos tiros de fuslera.

Metia Febo ya carro dorado
En las profundas ondas de occidente,
Y el río Darien conmemorado
Impetuosa trajo su corriente,
En tal manera, que les fué forzado
Al pueblo de Urabá volver la frente,
Donde el gobernador por su querido
Estuvo muchos días detenido.

Estando pues con sus soldados quedo
En la seguridad deste castillo,
Allí también llegó George Robledo
Por el camino que llevó Vadillo,
Con gente que mostraba con el dedo
Lo que fué menester para seguillo,
Por ser estos de los cartagineses
Que sabian rincones y conveses.

Habia dos ó tres pueblos fundado
Con instruccion por Benalcázar dada,
Como teniente suyo señalado
Y capitán de los de su jornada;
Y el Robledo por ir á mayor grado
Determinó de dalle cantonada,
Y en España pedir al gran monarca
Lo quel pobló con toda su comarca.

Al Heredia dió cuenta del digreso,
La causa que lo trae y el intento,
El cual se concluyó con fin avieso,
Dignísimo de lloros y lamento;
Y como sea largo su proceso,
En este de presente no lo cuento,
Mas en tanto que llega su tragedia,
Querria concluir la del Heredia.

El cual, como Robledo se embarcase,
No dejó de tomar alguna pena
De que por otra gente se poblase
Lo que se descubrió por Cartagena;
Y así, sin que mas tiempo se tardase,
Para Buritica partir ordena,
Llevando de soldados buena copia
A la ciudad que llaman Antioquia.

Donde la mayor parte de la gente
Era de aquella que llevó Vadillo,
Y Alvaro de Mendoza por teniente,
Del don Pedro de Heredia gran carillo;
Aqueste deseaba grandemente
Que la ciudad quisiese recibillo
Por su gobernador, pues era cierto
De su gobernacion lo descubierto.

Y puesto caso que por el ausencia
Del George Robledo gobernaba
Y él mismo le dejó con la tenencia
En tanto quel gobierno negociaba,
Ponia la posible diligencia
En atraer á lo que deseaba
A vecinos, justicia y regimiento,
Haciéndoles aqueste parlamento:

«Si, señores, es nuestro presupuesto
Servir al rey con un pecho cristiano,
Entiendo que se puede hacer esto
Muy bien debajo de cualquiera mano,
Como no sea yerro manifiesto
O que traiga sospecha de tirano;
Pues aunque sean puestos diferentes,
Al fin al rey estamos obedientes.

» Todos aquellos que esto pretendemos,
Consta por muchas vias y razones,
Que muy mayor servicio le hacemos
En evitar pendencias y pasiones,
Que los que se pusieren en estremos
De largas y sangrientas disensiones,
De que resultan males y caidas,
Con pérdidas de honras y de vidas.

» Con lo cual nos amaga la presente
Venida del señor adelantado,
De lo que hemos poblado pretendiente,
Por ser de gente suya conquistado;
Y así deseo yo que cuerdamente
Este negocio sea consultado,
Y para no hablar sin fundamento
Quiero decir aquí lo que yo siento.

» A todos los que estamos en aquesta
Tierra que por Pirú se nos cercena,
Es cosa por papeles manifiesta
Ser del gobernador de Cartagena,
Pues con soldados y bandera puesta
En ella hizo la primer estrena,
Como testigos sois todos de vista,
Que trabajastes bien en la conquista.

» Y como sabe que le pertenece
Aquesta poblacion y su terreno,
Determinó venir, segun parece,
Para sacallo de poder ajeno;
De gentes y caballos no carece,
Ni de cañones de sulfúreo trueno;
Nosotros carecemos de potencia
Si queremos hacelle resistencia.

» Y aquesta, puesto caso que la hubiera,
Si cada cual de nos fué su soldado,
Algunos buenos se harán afuera
Y ternán por honesto dalle lado,
Por no pelear contra la bandera
Debajo de la cual han militado;
Y es muy mejor quel pueblo se convide,
Dándole llanamente lo que pide.

» Todos tenemos ya conocimiento
De su virtud, valor y cortesía,
Amor, urbanidad, comedimiento,
En paz y guerra, cuando nos regia
Con un caritativo tractamiento,
Y en cualquier ocasion que se ofrecia
De batalla campal ó de recuento
Ninguno se hallaba mas adentro.

» Digo lo que mi seso comprehende
Por evitar algun mortal suspiro;
Y en esto Benalcázar no se ofende
Si lo mirare como yo lo miro,
Y mas considerando que pretende
Jorge Robledo de hacelle tiro,
Yendo para los reinos castellanos
A le quitar aquesto de las manos.

» Y algunos ayudaron con un grito,
Que por no convenir no los enseño,
Poniendo sus servicios por escrito,
Dando dineros para su diseño;
Acá no me parece ser delito
Que volvamos las tierras á su dueño:
Haya resolucion antes que venga,
Y examinemos lo que mas convenga.

Dijo, y hubo diversas opiniones
Después que percibieron la propuesta;
Y estando proponiendo sus razones,
Sin resumir cuál fuese mas honesta,
El capitán Rodrigo de Quinones
Tomó la mano para la respuesta,
Y con recato de varon prudente,
En esta junta dió lo siguiente:

«Razon y obligacion tengo bastante,
Si debe ser amor con tal pagado,
Para hallarme yo muy adelante
En el servicio del adelantado;
Mas en consentimiento semejante
No me conviene ser precipitado:
Que las cosas de honor sabios y buenos
No las hacen á poco mas ó menos.

» Vuestra merced ha dicho lo que siente,
Y aqese parecer tiene por pio:
Yo con licencia desta noble gente
Quiero, señor, también decir el mio,
El cual si se mostrare diferente
No se debe juzgar á desvario,
Pues cosa comun es en menesteres
Haber siempre contrarios pareceres.

» Benalcázar no vió nuestra presencia;
Menos vimos la suya los presentes,
Por él andar con viva diligencia
Descubriendo provincias destas gentes;
Mas en su nombre dimos obediencia
A los que señaló por sus tenientes,
Y en el nombre del rey y del poblamos
Aquesta vecindad adonde estamos.

» Y aunque esta fundacion pública fuese
Y con solemnidad autorizada,
El día, mes y año se escribiese,
Segun la condicion acostumbrada,
Ninguno vimos que contradijese:
Antes por todos fué ratificada,
Y tiene quien agora la subyeta
Su posesion pacífica y quieta.

» Y esto solo condena las revertas
Que podria mover poca prudencia;
Pues aunque sean tierras descubiertas
Por otros, no consiguen la tenencia
Dejandoselas solas y desiertas
Y sin hacer en ellas asistencia;
Y ninguno debria formar queja
Porque pueblen los otros lo quel deja.

» Las dichas diligencias al mas ciego
Juez le mostrarán camino llano,
Y los de Cartagena yo no niego
Entrar en esta tierra mas temprano,
Y que dieron las cartas en el juego,
Pero ganóle quien jugó de mano,
Procurando hacer nueva cultura
Desque vieron sazón y coyuntura.

» En lo demás de no salir afuera
Deste otro bando donde nos metimos,
Conozco que debajo de cualquiera
Gobernador á nuestro rey servimos;
Mas en tal ocasion, nunca Dios quiera
Que falte nuestra fe donde la dimos,
Pues la lealtad que á nuestro rey tenemos
También á sus jueces la debemos.

» Menos lo que traéis á la memoria
De Robledo, señor, me satisface,
Pues aunque le cargueis culpa notoria,
A la nuestra no borra ni deshace;
Demás de quel á nadie da su gloria
Y á sí tan solamente se complace;
Y quien sopló seria con intento
De que su Majestad fuese contento.

» Reconozco también venir pujante
Como negociacion premeditada,
Pero yo competencia semejante
No la quiero poner en el espada,
Porque medios ternemos, Dios mediante,
Para salir con paz desta jornada;
Y si el adelantado dellos huye,
Con le dejar el pueblo se concluye.

» Irémonos nosotros, y él se quede
Sin mano le mostrar sanguinolenta;
Daremos los avisos á quien puede
Concedelle lo que pedir intenta;
Y si después algun mal le sucede,
No se podrá poner á nuestra cuenta,
Antes con hacer esto con buen seso
En nada queda nuestro punto lesa.

» Es pues mi parecer que se reciba
Muy bien y sin mostrar alteraciones,
Y conocido dél en lo que estriba,
Daremos las excusas y razones,
Al cual si se le hacen cuesta arriba
Saldrémos con sanas intenciones
A dar razon á quien la tierra tiene,
Con la fidelidad que nos conviene.»

Dijo Quiñones lo que represento,
Como varon entrellos mas anciano,
Y todos los de aquel ayuntamiento
Tuvieron este por consejo sano;
Y así vinieron en consentimiento
Sin que contrarios fuesen á la mano;
Apártanse con esto, y entre tanto
Llegó la noche con su turbio manto.

Y cuando de la tierra rebüia
El fumoso vapor de Flegetonte,
E ya febeo rayo descubria
Sus resplandores por el horizonte
Dorando por el curso que solia
Las cumbres altas del opuesto monte,
Levantáronse todos con intento
De le hacer aquel recibimiento.

El jinete compone su rocino,
Aprieta con reata la coraza,
Vistese fuerte jaco jacerino,
Adarga cada cual dellos abraza;
Salieron una legua de camino
Hasta hallar en él cómoda plaza,
Y al tiempo que venia ya cercano
Regocijáronse por aquel llano.

La tal escaramuza concluida,
Adonde no faltó destreza y arte,
El parabién le dan de la venida
Todos y cada uno por su parte;
Y como fuese gente conocida,
Que fué de su bandera y estandarte,
Correspondia con razon propicia,
Y á todos los abraza y acaricia.

Caminan sin tractar de su litigio
A la dicha ciudad recién fundada,
Adonde con placer y regocijo
Hospedaron la nueva camarada,
Y al buen adelantado y á su hijo
Alvaro de Mendoza dió posada
En la suya, que muchos insistia
Aquel mando le diesen otro dia.

Aquella noche puso diligencia,
Y el intento de todos conocido,
Parecióle mejor mudar sentencia
Y dejar á los huéspedes el nido;
Y así hizo con los demás ausencia
Antes de ser el resplandor venido:
El gobernador supo de su gente
Irse los moradores y el teniente.

Por él reconocida la mudanza,
Siguió con pocos hombres tras sus huellos
Debajo de falace confianza
Pensando con palabras atraellos:
Hablóles con amor do los alcanza,
Mas no fué parte para convencellos,
Y los suyos y los del otro bando
Estuvieron allí dando y tomando.

Y entre gente menuda de peones,
Que no fueron personas señaladas,
De términos usaban fanfarrones
Con algunas palabras mal criadas,
Tales que de razones en razones
Vinieron á probarse las espadas,
Y el don Pedro de Heredia mas remoto
Oyó las cuchilladas y aboroto.

Fué para ellos lo mejor que pudo
A fin de mitigar aquel ruido,
Tomando su presencia por escudo
Sin de otras armas ir apercebido;
Y en esta confusion de vulgo rudo
En la mano derecha fué herido,
Y fué de los contrarios un soldado
En la cabeza mal descalabrado.

Por él apaciguadas las contiendas
A su costa, sin ver de quién le vino,
Por evitar revueltas mas horrendas
Y no venir á torpe desatino,
Mandó volver los suyos á sus tiendas
Y los otros se fueron su camino;
Y fué tal la herida de la mano
Que tardó muchos dias en ser sano.

En este mismo tiempo ya sabia
El Benalcázar por informaciones
Lo que George Robledo pretendia,
Y para que lo lleven en prisiones
Capitán y soldados proveía;
Mas ya fueron tardias prevenciones,
Porque llegaron á Antioquia cuando
Iba por altas ondas navegando.

Quien vino para tal efecto era
Su mismo general, hombre valiente,
Aqueste se decia Juan Cabrera
No menos esforzado que prudente:
El cual después en la batalla fiera
De Quito pereció con otra gente,
Ya maese de campo del escuela,
Belicosa de Blasco Nuñez Vela.

Viniendo pues aquesta compañía
Sin ser de los sucesos adivinos,
Encuentran á Mendoza que venia
A los buscar con todos los vecinos:
Oyó Cabrera cómo se movia
A causa de los otros peregrinos,
Y envió luego como varon saje
A don Pedro de Heredia su mensaje.

Y lo que su mensaje contenia
Era decille: « Yo soy un soldado
Al servicio de vuesa señoría,
Por grandes beneficios obligado;
Pues en tiempo que menos poseia
En Nicaragua fui muy regalado
Por el señor hermano, que fué mio,
En buenas obras y en socorro pio.

» Mi denominación es Juan Cabrera
Tengo de Benalcázar provisiones
Para le defender esta frontera
Con justificadissimas razones;
Y esme testigo Dios que no quisiera
Hallar tan peligrosas ocasiones,
Pues como fante buen comedimiento
Habremes de venir en rompimiento.

» Don Sebastián de Benalcázar tiene
El adelantamiento desta tierra;
Tiene la posesion que le conviene
Que dentro de sus términos encierra,
Y agora vuestra señoría viene
A se la perturbar, mediante guerra:
Es agravio notorio y es ofensa
Que pide por su parte la defensa.

» Y pues por el discurso de su vida
Usó siempre de términos cristianos,
A su bondad suplico que se mida
Primero que vengamos á las manos,
Porque será sin falta defendida
La tierra con los valles comarcanos,
Y por la defender y estar en ella
Habemos de bebella ó de vertella.»

El don Pedro de Heredia, vista esta
Amenaza del capitán severo,
Alteracion ninguna manifiesta,
Antes recibió bien al mensajero,
Enviándole luego la respuesta
Como cuerdo y honrado caballero;
Y porque no podia tomar pluma,
De sus palabras esta fué la suma:

« Que porque no tuviesen chinolas
En semejantes averiguaciones,
Y entre gentes amigas y españolas
Cesasen las molestas disensiones,
Ambos á dos se viesen á sus solas
Examinando bien las provisiones,
Y coligido dellas lo mas cierto
Vernian á cualquiera buen concierto.»

Aquel que vino con el embajada
Miró con atencion toda la gente,
Y vióla mal dispuesta y agravada,
Los mas con calentura pestilente,
De la trabajosisima jornada,
No de la de Vadillo diferente;
Y al don Pedro de Heredia no tan sano
Que pudiese valerse de su mano.

Lo cual al Juan Cabrera representa
Y á los que con él eran congregados,
Dando de lo que vido larga cuenta,
Y quel gobernador y sus soldados
Para se defender en tal afrenta
Los mas dellos imposibilitados,
Y andaba fuera la gente mas sana
Visitando la tierra comarcana.

Y los que le quedaban sin aquestos,
Por estar impedidos de mil males,
Como en acometelles fuesen prestos
Sin esperar los otros principales,
Fácilmente serian descompuestos
Y habrian á las manos sus caudales;
Y que en tal ocasion le parecia
Ser esto lo que mas les convenia.

Oidas las razones, insistian
No pocos con cudicia de roballos,
Porque también les dijo que traian
Gran cantidad de negros y caballos,
Con otras muchas cosas que podian
En sus necesidades remediallos:
Condescendió Cabrera con su ruego,
Y para tal efecto partió luego.

Ordenando como persona diestra
Todos sus caballeros y peones;
Y el buen Heredia como vió la muestra
Reconoció las malas intenciones
Y no poder huir suerte siniestra
Si no lo remediaba con razones;
Y así salió con una yegua blanca
Y unos papeles en la mano manca.

Entrellos se metió con escribano
Que de los autos diese testimonio,
Y por lo reguardar, allí cercano
Se puso su querido don Antonio;
Mas como ya los otros en lo llano
Entrasen con fureros del demonio,
No se curaron de escuchar razones,
Ni cédula real ni provisiones.

Llegó Francisco Nuñez que es Pedroso,
En este reino harto conocido,
Uno de doce del motin famoso
En la ciudad de Lima cometido,
Cuando fué con remate lacrimoso
Aquel marqués de vida despedido:
Aquel don Francisco Pizarro digo
Por quien huyó Pedroso del castigo.

El dicho pues con los demás venia,
Y al Heredia llegó de los primeros,
Diciéndole con cierta compañía
Que traia de muchos ballesteros:
« Dése por preso vuestra señoría
A mi y á los presentes caballeros;
Pues es merecedor de grave pena
Quien usurpa gobernacion ajena.»

El hijo don Antonio que esto vido,
No le pareció bien tener estanco
El brazo, defendiendo su partido,
Y hubo la suerte de caer en blanco,
Pues en la mano luego fué herido,
De la cual para siempre quedó manco;
De manera que entrambos fueron presos,
Y en bienes y caudal no poco lesos.

Pues luego sin haber quien les defienda
Preseas sometidas á sus hechos,
Recogieron aprieta la hacienda,
Caballos, negros, armas y pertrechos;
Y fenecida la civil contienda
Pusieron escuadrones en asechos,
Los cuales estuvieron en espera
De los que sin los ver estaban fuera.

Esperaron dos dias, y venidos
Los que de nada fueron sabidores,
Estuvieron al mal de los vencidos
Y al albedrio de los vencedores;
Ponen por lista bienes recogidos
Estos solícitos recogedores,
Para los repartir por las coronas,
Segun la cualidad de las personas.

Teníanlos con guardas dentro y fuera
En un cierto caney, casa pajiza,
Y otra noche después de la primera
Con fuego tal que los escandaliza,
No saben cómo ni de qué manera,
Todos se convirtieron en ceniza;
Y así se consumieron sin gozillos,
Escepto los esclavos y caballos.

Este gobernador con sus guerreros,
De la manera dicha desarmados,
El padre é hijo como prisioneros
A Benalcázar fueron presentados;
Viéronse los dos viejos sin terceros
Mostrando provisiones y recados:
Aseguraba cada cual su puerto
Y así nunca vinieron en concierto.

El don Pedro de Heredia, no sin pena
Por ver opinion suya decaida
Habiéndola tenido siempre buena,
Y tal que nunca supo ser vencida,
Tuvo por bien volver á Cartagena
Y efectúose luego la partida
Por Panamá, do vino manvacio
Aunque no de coraje ni de brio.

Estando descansado del camino,
No sin alteracion de lo pasado,
Don Francisco de Benavides vino,
Fraile hieromítico, por prelado;
Y entonces un gran mal era vecino
Al perto, que por mí será sumado,
Primero que pasemos adelante
A decir del Heredia lo restante.

Seis años iban ya sobre cuarenta
Del parto de la Virgen siempre pura,
Con mas los quince cientos de la cuenta
Que suelen substanciar un escritura,
Cuando nuestra ciudad experimenta
Una calamitosa desventura,
Vispera del patrono Santiago,
Dia por nuestras culpas aciago.

A veinte y cuatro pues de julio era,
Dia que se tenia señalado
Para velar al capitán Mosquera
Con una hermana del adelantado,
Antes que lumbre de la cuarta esfera
Tendiese por allí rayo dorado;
Pero cesaron estas bendiciones
Por anticipacion de confusiones.

Y porque de raiz el caso cuenta,
La que diré lo fué del alboroto
Alonso de Bejines, un teniente
Del don Pedro de Heredia mi devoto,
A causa de ser grave delincuente
Castigó con azotes un piloto,
Y aqueste con inicuá vigilancia
Por se vengar llamó gente de Francia.

Serian los que fueron convocados
Para robar aquestos señorios
Mas de mil hombres bien aderezados,
Todos de belicosos atavios
Y de broncinos tiros pertrechados,
Sin lanchas y patajes, tres navios;
Y por el mal piloto que esto ordena
Fueron á la ciudad de Cartagena.

Llegados los piratas al paraje
Que para su negocio convenia,
Antes que diese Venus el mensaje
De la venida deste triste dia,
Guiándose por el piloto saje
En las tinieblas de la noche fria,
Entraron con su tático concierto,
Sin que fuesen sentidos, en el puerto.

Desembarcaron en la misma hora
Con aquel aparato conviniente,
Antes que con lo claro del aurora
Se pudiese mostrar cosa patente:
El piloto fué luego donde mora
Alonso de Bejines el teniente,
Con infernal deseo y esperanza
De tomar á su gusto la venganza.

Compuestas las falanges, y digestas
Segun que lo pedian ocasiones,
Tocan trompetas que llevaban prestas,
Guerreros anafiles y clarones;
Los vecinos creian ser las fiestas
Que se hacian por las velaciones,
Y así ninguno por su parte piensa
Tener necesidades de defensa.

Pero sus desventuras hizo ciertas
Son ronco de guerreros atambores,
Y oír batirse las cerradas puertas
De los sobresaltados moradores,
Que no sin violencia son abiertas
Por manos de nocturnos robadores:
Todos se sobresaltan y se espantan
Y de los dulces nidios se levantan.

Crece la turbacion con el estruendo,
Armas uno tomó y otro no pudo;
Lugar por do escapar van inquiriendo,
Este vestido va y aquel desuado;
Toma con sobresalto tan horrendo
Quien puede la huida por escudo;
Uno pelea y otro se retrae,
Este va trompezando y aquel cae.

Bien como cuando por alguna plaza
Anda la cuchillada muy aguda,
Que para meter paz se busca traza,
Y aquel rigor aquí y allí se muda;
Pero huyendo la desembaraza
Con gran temor la gente mas menuda,
Y por la parte que se le concede
Escapa cada uno como puede:

Esta manera les acontecia
A cualquiera varon joven ó calvo,
Pues en tanto que aquel se defendia,
Este se procuró poner en salvo;
Y en estas confusiones se valia
De piés, eso me da negro que albo:
A muchos les valió tenellos prestos,
Aunque la menor parte fueron estos.

Pues turbados en estos menesteres
Con los temores que les son ajeos,
En dejar sus haciendas mercaderes
Se hallaban confusos y perplejos:
Otros celando hijas y mujeres
Parecían mal hallarse lejos,
Y por gritos de dueñas y doncellas
Allí quieren morir por defendellas.

El piloto que fué de buena gana
A rodear la casa del Bejines,
Como lo vió salir con furia vana
Al son de las trompetas y clarines,
Traspasó con una partesana,
Diciéndole: «Bellaco, tales fines
Merecen, y aun de mas miserias llenos,
Los que tan sin razon afrontan buenos.»

Mas el don Pedro, como quien él era,
Con una pica y unas corceínas
Defendió con valor un escalera,
Deteniendo las gentes peregrinas
Hasta tanto que ya salieron fuera
Sus queridas hermanas y sobrinas,
Que las echaron por un colgado,
Aunque para tal caso no se hizo.

Diciéndole ser fuera las doncellas,
Acude, como dicen, al reclamo,
Y por aquel lugar saltó tras ellas,
Por ser un hombre suelto como gamo,
Para las amparar en sus querellas
Y no dejar las hojas sin el ramo;
Con ellas en el monte fué metido
Sin poder del cosario ser habido.

Prendieron al mayor destos Atrides
Por estar de las piernas ya tullido;
Prendieron al obispo Benavides,
En aquella sazón recién venido;
Prendieron otros muchos en las lides,
Y al fin el pueblo todo fué rendido,
Con todas sus preseas y decoro
Y no pequeña cantidad de oro.

El aurora rorifera venia
Ya descubriendo su dorada frente,
Cuando fué la robada compañía
Recogida por mano delincuente,
En un solo lugar do se tenia
Por los piratas guarda diligente;
Descalzos, destocados y ahigidos,
Y cuasi sin reparos de vestidos.

Todas las mas mujeres sin tocados
Y sin aquel amparo que desean,
A la tierra los ojos inclinados,
No deseando ver ni que las vean;
Las mejillas y pechos empapados
De lágrimas sin fin de que se arrean,
Apeteciendo mas la sepultura
Que ver tanto dolor y desventura.

A Dios las oraciones encendidas,
Suplicándole dentro de su pecho
Que ya que sus haciendas son perdidas
En aquel tan inopinado hecho,
Permitiese perder antes las vidas
Que dar á deshonor su casto lecho;
Y Dios omnipotente fué servido
Oír aqueste tácito gemido.

Porque el pirata capitán ordena,
Y así fué por el pueblo pregonado,
Que se metiese la que fuese buena
En la posada del adelantado:
En un momento fué la casa llena,
Y subidas al alto soberado;
Y para guardas del lugar recluso
Al buen obispo y al Heredia puso.

Aqueste capitán, aunque tirano,
Segun decían era caballero,
Y en este caso tuvo pia mano
Sin consentir hacerse desafuero;
Robado pues lo fano y lo profano,
Y recogidas ropas y dinero,
Trató con los vecinos que se diese
Por aquel pueblo lo que bueno fuese.

Porque si no venían á concierto
Cerca de ser el pueblo redimido,
Primero que sahiesen de aquel puerto
Sería de las llamas consumido:
Fué para resumir el precio cierto
Por los unos y otros conferido;
Creo que fueron hasta dos mil pesos,
Y para los buscar sueltan los presos.

Hallaron para dar estos dineros
Oro poco, mas fué multiplicado,
Revolviendo con ello candeleros,
Siendo por fundición todo mezclado,
Y después con industria de plateros
Con otro fino fué sobredorado:
Al fin, aquel ladrón quedó contento
Con ver que se le dió buen cumplimiento.

Con aquel buen color los engañaron,
Por tener de buen oro la devisa;
Con engaño mayor ellos quedaron
Sin cubiertas de paño ni de frisa;
Y todos (porque todo lo robaron)
Descalzos y con sola la camisa:
Niño de Castro mas, el cual procura
Poderse mejorar en vestidura.

Y así viendo poner en la ribera
Gran cantidad de ropas y fardaje,
Al tiempo que la gente forastera
Aderezaba para su viaje,
Pasó con una yegua muy lijera
Aprieta por enmedio del pillaje,
Y arrebató, pasándose de claro,
Ropas y lienzo para su reparo.

Al monte se retrajo como viento,
Que no parece que la tierra pisa;
Quedó de ver aquel atrevimiento
El capitán francés muerto de risa,
Porque todas sus armas y ornamento
Eran tan solamente la camisa,
Sin calzas, sin zapatos, y de talle
Cual no vean un perro de la calle.

Fuéronse los piratas para Francia,
Y dicen que sacaron deste puerto
Bien doscientos mil pesos de garantía,
Y tengo para mí no ser incierto:
Quedaron los vecinos sin substancia,
Mas el Bejines solamente muerto:
Vivieron con recatos adelante,
Dias y noches guarda vigilante.

Pero cualquier cosario lastima
Y lleva sus defensas abarisco;
Y al mismo punto y hora desta rima
Vino nueva quel capitán Francisco,
Primer pirata que por mar de Lima
Robó la plata del escelso fisco,
Allí llegó con muchos galeones,
Lanchas y mas de siete mil peones.

Y con estar la gente preparada
Y toda la ciudad fortalecida,
De todas municiones pertrechada,
De consejos reales advertida,
La gente (segun dicen) mas granada
Tomaron por amparo la huida;
Hicieron todos los demás ausencia,
Y entróse la ciudad sin resistencia.

Destas sobresaltadas turbaciones
Y plaga de las plagas mas molesta,
No puedo por agora dar razones
Por no me ser la rota manifiesta;
Pero ternemos llenas relaciones
Y á su tiempo diremos lo que resta,
Dando primero fin á la carrera
Del don Pedro de Heredia, que me espera.

El cual, aunque con daño manifiesto
De lo que le robaron los ladrones,
Nunca mudó jamás su presupuesto
De volver con caballos y peones
A do fué por Cabrera descompuesto,
A vengar las pasadas sinrazones;
Y para dar la vuelta sin recelo
Vino lo que diremos muy á pelo.

Después que Heredia fué desbaratado
Y Benalcázar le tomó la gente,
El pueblo de Antioquia fué mudado
A sitio y á lugar mas conviniente;
Y un Isidro de Tapia, señalado
Del dicho Benalcázar por teniente,
Por avisados modos y por guerra,
Hizo venir de paz toda la tierra.

De los cartagineses conocidos
Fueron los recuentros mas sangrientos,
Y por el mismo caso preferidos
En los oficios y repartimientos.
Estando pues los indios repartidos,
Como quedasen muchos descontentos,
Vuelan con cartas invidas centellas
A Benalcázar dando mil querellas.

Oidas pues las quejas deste bando,
Con otras cosas mas que no refiero,
Despachó Benalcázar en llegando
Al bachiller llamado Madroñero,
Dándole su poder y lleno mando;
Y el bachiller, como juez severo,
Partió la tierra por sus aliados,
Y los otros quedaron despojados.

El Tapia, viéndose desposeido
Ansí de mando como suerte buena,
Habló sin que pudiese ser sentido
A los participantes de su pena:
Fué para su venganza concluido
Hacer viaje para Cartagena,
Y con la prevencion de gran secreto
La partida pusieron en efeto.

Caminaron por via conocida,
Y aunque no con cabal aviamiento
Entraron todos sanos y con vida
En Urabá, do fué su pensamiento;
Hallaron al Heredia de partida,
Y dan á sus diseños mas aliento,
Y así con caballeros y peonaje
Abrevia lo posible su viaje.

En este mismo tiempo se rebela
Pizarro contra regio mandamiento,
Y procuraba Blasco Nuñez Vela
Gente para venir en rompimiento,
Hombres valientes, de quien no recela
Estar prendados de traidor intento,
Y así vinieron á real bandera
Benalcázar también y el Juan Cabrera.

Y aquel no menos docto que valiente
Licenciado llamado Juan Gallegos,
De quien hemos tractado largamente
En otros trances y desasosiegos
De Santa Marta, donde fué teniente,
Y se gastaron cantidad de pliegos,
Y el Juan Cabrera y él en la batalla
Muertos con otros que mi pluma calla.

Heredia pues, habiendo caminado
Con toda la posible diligencia,
Entró por el lugar recién poblado
Sin hacelle vecinos resistencia:
Antes fué recibido y hospedado
Y todos le prestaron obediencia,
Y este mismo querer también enseña
El capitán Gonzalo de la Peña.

Al cual dejó nombrado Madroñero
Después que removió repartimientos,
A causa de ser válido guerrero;
Y así tuvo crüeles rompimientos
Con estos indios del compás frontero,
Ya rebelados todos con intentos
De hacer á cristianos crüel guerra
Hasta poder echallos de la tierra.

Mas el Heredia, puesto donde digo,
Con mañosos ardidés y discretos,
O ya por blanda paz, ya por castigo,
Volvieron á servir y ser subyectos,
De suerte quel amigo y enemigo
Vivieron sosegados y quietos;
Y al Isidro de Tapia quel traía
Volvió los mismos cargos que tenía.

Luego corrió con sus cartagineses
Valles hasta su tiempo no sabidos,
En cuyas poblaciones y conveses
No faltaron encuentros bien reñidos;
Y espacio ya de diez ó doce meses
En peregrinaciones consumidos,
Volvió donde quedaron los vecinos,
Solos tres menos destos peregrinos.

Teniendo pues los indios en sosiego,
Porque la tierra mas se perpetúe,
Alonso de Caravajal fué luego
A poblar lo que llaman Maritúe;
Hecho de los poderes el entrego
Para que sus mandados efectúe,
Dióle pertrechos, y de noble gente
La que le pareció ser conviniente.

Fundó ciudad, do manda que se haga
En vistoso lugar y parte bella;
Alcalde fué Francisco de Arriaga
Y otro llamado Diego de Corvella,
A quien pluma mas alta no les paga
Por mucho que procuren estendella,
Tractando sus debidas alabanzas,
Proezas y valores de sus lanzas.

El pueblo Maritúe ya poblado,
(Aunque después necesidad ordena
Por poca gente ser desamparado)
Y de bárbaros la provincia llena,
Nuestro gobernador y adelantado
Determinó volver á Cartagena,
Pareciéndole gran inconveniente
Tanto tiempo del mar estar absente.